Journal of Tourism Analysis: Revista de Análisis Turístico Vol. 33 nº No. 2, Año 2026 (avance en línea-preprint).

Cómo citar este trabajo: Tutor Anton, A. (2026). La contestación espacial de los Centros Sociales Okupados al modelo de ciudad turística en Barcelona. Journal of Tourism Analysis, 33 (2), 1–28. https://doi.org/10.53596/dqc9ee88

La contestación espacial de los Centros Sociales Okupados al modelo de ciudad turística en Barcelona

The Spatial Contestation of Squatted Social Centers Against the Tourist-based City Model in Barcelona

Tutor Anton, Aritz [1]

[1] Departamento de Geografía, Prehistoria y Arqueología. Facultad de Letras. Euskal Herriko Unibertsitatea.
aritz.tutor@ehu.eus

Resumen

La ciudad turística tienes unas bases utópicas que producen lugares controlados y aquietados. La utopía apela desde su nombre a un lugar y la oposición también vendrá desde la vertiente espacial. Así, la contestación organizada en (torno a) los Centros Sociales Okupados (CSO) contra la ciudad turística contiene una política espacial. El artículo explora la idea de utopía, su vinculación a la ciudad y, concretamente, a la ciudad del modelo turístico mayoritario. A partir de ahí, con una metodología hermenéutica, se desarrolla fundamentalmente el caso de Barcelona y cómo se ha articulado esta crítica espacial desde el movimiento okupa y sus espacios, los Centros Sociales Okupados. La conclusión principal es que, efectivamente, los CSOs interrumpen parte de los circuitos inmobiliarios de extracción del valor en el que se sustenta esta (utópica) ciudad turística.

Palabras clave: espacialidad; turismo; monopolio; resistencia.

Abstract

The tourist city is grounded in utopian foundations that produce controlled and pacified spaces. Utopia, as the etymology suggests, refers to a place, and resistance likewise emerges from a spatial dimension. Accordingly, the contestation organized in and around Squatted Social Centers

Recepción: *09.06.2025* *Revisión: 14.10.2025* ***Aceptación:*** *08.01.2026* ***Publicación:****24.11.2026*

Este trabajo se publica bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional.

(CSOs) against the tourist city constitutes a spatial politics. This article explores the notion of utopia, its relationship to the city, and more specifically, to the dominant model of the tourist city. Drawing on a hermeneutic methodology, it focuses on the case of Barcelona and examines how this spatial critique has been articulated by the squatting movement through its spaces, the Squatted Social Centers. The main conclusion is that CSOs indeed interrupt part of the real estate circuits of value extraction upon which this (utopian) tourist city relies.

Key words: spatiality; tourism; monopoly; resistance.

1 Introducción

En los últimos años el turismo se ha vuelto una industria global que ha producido un aumento espectacular de los traslados por ocio, lo cual acarrea un aparente éxito por el empleo generado e inversiones realizadas. Sin embargo, más allá del valor monetario creado, los impactos biofísicos, sociales y económicos son enormes (Christin, 2018, 2023). El deterioro ambiental, la precariedad laboral o la dependencia económica (estacional y sectorial) son algunos de los costes de un modelo de turismo extractivo y depredador[1].

Tal es la magnitud del fenómeno que se ha creado un concepto para definirlo: la turistificación y, más recientemente, el sobreturismo –*overtourism*- (Nilsson, 2020; Oskam, 2020). Este proceso provoca el avance de las lógicas turísticas hacia zonas tradicionalmente ajenas al turismo, por ejemplo, a zonas de la ciudad que no estaban incluidas en estos circuitos. La producción urbana del turismo conlleva, entre otros, el encarecimiento y la transformación del comercio local, escasez de viviendas en alquiler asequible, la masificación de espacios públicos, la saturación de la red de transporte o la especialización de la economía de la ciudad en el sector turístico, con un empleo estacional y mal pagado (Milano et al., 2024). La capacidad de carga, que se usaba para medios naturales, se ha tenido que adaptar para analizar los costes socioeconómicos del turismo sobre las ciudades (Mihalic, 2020).

La turistificación incide de manera significativa en los procesos de gentrificación; sin embargo, también genera una serie de impactos específicos que trascienden esta relación. Entre ellos, destacan la progresiva desaparición del comercio minorista tradicional, sustituido por establecimientos orientados al consumo turístico; la proliferación de nuevas formas de ocio nocturno y hedonista, altamente mercantilizado, que suele ocasionar molestias a la población residente; y el incremento de la vigilancia y el control policial en el espacio urbano. En conjunto, estos factores deterioran la habitabilidad y calidad de vida de las comunidades locales (Cabrerizo,

[1] Si bien el turismo comporta también beneficios, este artículo se centra en Barcelona, donde las dinámicas asociadas a la llegada de viajeros o nómadas digitales ha derivado en consecuencias muy negativas para gran parte de la población local.

Sequera y Bachiller, 2016). Cabe señalar, además, que a diferencia de los agentes gentrificadores que se establecen de forma permanente en los barrios, los turistas no residen en ellos, sino que transitan temporalmente, lo cual puede generar un impacto aún más disruptivo en el tejido social y urbano (su relación con el barrio es extractiva, es decir, extraen de él lo que les interesa -experiencia singular, alojamiento, centralidad- sin aportar nada a la sostenibilidad de este).

Por lo tanto, el turismo actual amenaza la sostenibilidad ambiental del planeta y el futuro de los territorios en los que se asienta de forma hegemónica y que vampiriza. Para combatirlo se han organizado diferentes iniciativas, como la red SET (Sur de Europa ante la Turistización) que agrupa a diferentes movimientos contra el turismo masivo de ciudades del sur europeo o, para Barcelona, L'Assemblea de Barri pel Decreixement Turístic (ABTS). Estos movimientos sociales han alertado contra el pernicioso efecto del turismo en la vida de los habitantes de la ciudad.

Las dinámicas de este modelo turístico enfatizan la importancia de la imagen y de la reputación. Las ciudades realizan actividades de marketing para posicionar su destino en el mapa mundial de lugares a visitar (Crouch, 2011). El mercado turístico se basa en la fantasía de la fachada, en una experiencia superficial en el que los turistas no se alejen demasiado de la idea preconcebida que ya traían de origen.

En este orden de cosas, ciertos espacios y sujetos que no puedan ser exprimidos y/o que obstaculicen el proceso de valorización, son expulsados y eliminados. Así ocurre con las campañas que buscan crear zonas seguras y controladas y entornos agradables para la afluencia turística, y que implica, entre otros, la reducción de la prostitución en la calle o la eliminación de ciertas actividades. Los turistas están integrados en la ideología de la facilidad y tratan de simplificar la tarea del viaje, buscando lugares en los cuales el cambio respecto a su hogar no sea tan brusco (Nieto, 1977). Pensemos en la proliferación de tiendas y establecimientos de cadenas de comida rápida, cuya clientela es, en parte, turistas que buscan un sabir conocido, similar, seguro.

Uno de los actores que más fuertemente se opone a estas dinámicas turistificadoras y que constituyen un obstáculo para explotar las rentas de monopolio del lugar (Harvey, 2013), es el movimiento de okupación. A menudo, los promotores turísticos públicos y privados, ponen en su mira a los espacios okupados que están situados en lugares centrales de la ciudad. Tal es el caso de los Centros Sociales aquí enumerados.

Las okupaciones, como parte del descontento organizado, también han aludido directamente a este tipo de turismo como uno de los enemigos a batir. A grandes rasgos, los ámbitos en los que interviene la okupación *política* son la vivienda, el lugar de trabajo y el Centro Social Okupado

(CSO). Esta última modalidad, el CSO, encierra el mayor potencial de transformación para combatir la turistificación, ya que supone la apertura consciente del movimiento a la ciudad, y se decanta por un proyecto público (Mudu, 2004; Ruggiero, 2000) con incidencia en el tejido urbano, que comunica un proyecto autogestionado que desarrolla una labor política contestataria y contracultural.

En numerosos espacios okupados se ha reivindicado una ciudad más vivible, estrechamente vinculado con una crítica frontal al turismo. El movimiento okupa y los Centros Sociales se oponen a ambas lógicas, y con su *política espacial* -evitar la valorización de bienes inmuebles a la vez que mantener vivo el tejido social y asociativo- enfrentan la revalorización del inmueble que ocupan (e indirectamente de la zona que habitan), la expulsión de habitantes de menores ingresos y la pérdida de diversidad cultural (Tutor Anton, 2020a).

En estas circunstancias los CSOs pueden desempeñar un papel relevante como fuerza de resistencia frente a la intensiva apropiación del espacio urbano por parte del capital. Su acción no solo interrumpe las lógicas de extracción de valor, sino que también promueve la creación de formas de vivienda colectiva basadas en la ayuda mutua y el intercambio solidario. La práctica de la okupación configura un ámbito de contención frente a una de las manifestaciones del capitalismo, al resistir activamente la mercantilización de la vivienda, de la ciudad y de las propias condiciones de vida (Martínez y Cattaneo, 2014). En esta línea, los colectivos okupas suelen posicionarse en contra de las corporaciones transnacionales y de los procesos de renovación urbana que excluyen a los residentes de las decisiones, así como frente a las dinámicas especulativas del mercado inmobiliario (Martínez, 2014). Amsterdam, Berlín o Barcelona son ejemplos en los que los CSOs han luchado contra un turismo que actúa como una nueva frontera urbana. Para Neil Smith (2012), es muy posible que los okupas de hoy tengan la visión más inteligente de la frontera urbana. Además, los CSOs son irradiadores de discursos que imaginan una ciudad diferente a la de los prepotentes discursos turísticos. La apertura de estos lugares da la posibilidad de pensar otras maneras de imaginar el espacio y la misma ciudad. Si cualquier proyecto en el espacio es expresado por una representación que revela la imagen deseada de un territorio (Raffesttin, 1993), los CSOs abren materialmente la puerta a otros imaginarios, porque el espacio es tanto una construcción mental como material (Harvey, 2005).

A continuación, relataré brevemente el caso de Barcelona. Para eso, por un lado, desarrollaré cómo se ha construido ese objeto Barcelona (tomando el marco utópico en el que se mueve la confección del destino turístico), y por otro lado, trataré la relación entre el movimiento okupa y la crítica a este modelo de turismo.

2 Metodología

En este trabajo se ha utilizado primordialmente la metodología hermenéutica, que constituye una herramienta epistémicamente robusta y éticamente pertinente para abordar estudios de caso a partir de fuentes secundarias o terciarias. Este enfoque, anclado en la tradición de la hermenéutica filosófica de Hans-Georg Gadamer, sostiene que la comprensión no es un acto mecánico de decodificación, sino una experiencia interpretativa que sitúa al investigador en diálogo con los textos y contextos. Tal como afirma José Darío Herrera (2009), "la comprensión en las ciencias sociales no es una simple aplicación de métodos, sino una experiencia interpretativa que implica al investigador en un diálogo con el fenómeno estudiado". De este modo, los materiales textuales ya producidos —sean informes institucionales, documentos históricos, entrevistas publicadas o narrativas recogidas por terceros— pueden ser leídos no como datos cerrados, sino como horizontes abiertos de sentido.

Desde esta perspectiva, la investigación social se orienta hacia la reconstrucción de los significados sociales situados, y no únicamente hacia la verificación de hipótesis. Alvarado y Ospina (2009) señalan que "la comprensión no es una simple reproducción de significados, sino una reconstrucción activa que considera el contexto histórico y cultural de los fenómenos sociales". Esta reconstrucción se activa incluso (y especialmente) al analizar fuentes indirectas, en tanto estas son también productos de prácticas discursivas e institucionales que requieren ser comprendidas en su densidad contextual. El investigador se convierte entonces en un mediador entre el texto y la realidad social, articulando una racionalidad práctica —no positivista— que, como propone Herrera (2009), "se basa en la reflexión crítica sobre las propias interpretaciones y su relación con el contexto social".

La naturaleza dialógica del enfoque hermenéutico permite, además, una lectura crítica de los materiales disponibles, reconociendo los marcos de poder, exclusión y representación presentes en ellos. Esto resulta particularmente relevante en el análisis de estudios de caso donde los actores sociales no están directamente presentes. El uso de fuentes secundarias o terciarias no invalida el gesto hermenéutico, siempre que se mantenga la reflexividad y el compromiso con una interpretación situada. Al respecto, Ghiso (2000) plantea que "el diálogo de saberes se convierte en una práctica hermenéutica colectiva porque exige escuchar, comprender y reinterpretar el mundo desde múltiples visiones" (p. 13), lo que exige al investigador atender tanto al contenido como a las condiciones de producción del conocimiento.

Finalmente, la lectura hermenéutica de fuentes indirectas adquiere sentido en tanto permite articular comprensiones más amplias y polifónicas de la realidad social, en especial en contextos de investigación cualitativa comprometida con la transformación. Como advierten Alvarado y

Ospina (2009), “la hermenéutica se convierte así en una herramienta para la emancipación y la transformación social”. En suma, el análisis hermenéutico de estudios de caso a partir de fuentes secundarias o terciarias no solo es metodológicamente viable, sino que enriquece la interpretación al colocar en el centro la historicidad de los discursos, la reflexividad del investigador y el horizonte ético de la transformación social.

A pesar de que este trabajo ahonde en la perspectiva teórica, otras investigaciones han validado con datos empíricos y técnicas cualitativas como observación participante o entrevistas cómo afecta el turismo a las personas que habitan Barcelona, lo cual contribuye a complementar metodológicamente y ampliar el foco (Mansilla, 2018; Milano et al., 2023; Tutor Anton, 2018).

3 Una breve aproximación a la idea de utopía

Cuando hablamos de utopía, solemos imaginarla como una realización ideal absoluta, una verdad incuestionable. Sin embargo, la utopía está atravesada por lo ideológico, ya que se construye a partir de marcos que responden a determinados postulados políticos —una matriz ideológica—, lo cual influye tanto en su forma de concretarse como en el horizonte que persigue. La utopía racial promovida por el nazismo[2] representó, en su reverso, una distopía absoluta para las culturas que pretendía subyugar y eliminar. De este modo, toda utopía puede implicar, simultáneamente, una forma de opresión para aquellos grupos sociales que se ven perjudicados por ella. Es decir, una utopía puede adoptar un carácter autoritario para quienes no comparten sus principios. En consecuencia, la utopía no constituye una categoría topográfica consensuada ni un espacio simbólico de convergencia armónica entre distintas visiones del mundo. Por el contrario, al igual que el miedo, la utopía se configura a partir de variables históricas[3], del grado de conocimiento, y del nivel de bienestar de las poblaciones que la imaginan y desean. A lo largo de la historia, utopía e ideología han estado profundamente entrelazadas, dando lugar a numerosos casos en los que una determinada visión ideológica busca realizarse en la práctica[4], con distintos grados de imposición o aceptación. En el presente, no resulta necesario recurrir a coordenadas geográficas o ideológicas lejanas para identificar manifestaciones contemporáneas de este tipo de utopías.

La utopía neoliberal constituye un claro ejemplo de una utopía próxima y profundamente imbricada en la cotidianidad del presente. Tal como advierte Pierre Bourdieu[5], esta forma utópica[6]

[2] Los esplendorosos -pues debían servir a la llegada del III Reich- edificios de Berlín (el Olympiastadion) o de Núremberg (Reichsparteitagsgelände), a cargo de Speer, eran la vertiente arquitectónica de la utopía nazi.
[3] Incluso en la época clásica la utopía se conceptualizaba sobre dos vertientes (Lens y Campos, 2000), la utopía de evasión y la utopía constructiva.
[4] Hemos mencionado la utopía nazi, pero podríamos hacer una extensa lista de otros intentos: los milenaristas, los cátaros, los modernos retrofuturismos u otros que señalaremos más adelante.
[5] http://mondediplo.com/1998/12/08bourdieu
[6] O ficción, que erigiéndose de autoregulatoria, no lo es en absoluto, creando además pobreza (no logra ni tan siquiera un mínimo éxito material).

no solo perpetúa la pobreza en amplios sectores de la población y acentúa las desigualdades en la distribución de la renta, sino que también erosiona progresivamente los espacios autónomos de producción cultural mediante la imposición de valores de índole comercial. Asimismo, socava las instituciones colectivas que podrían actuar como contrapeso frente a los efectos de esta "máquina infernal", al tiempo que promueve una lógica de competencia generalizada —el "todos contra todos"— como principio rector de la organización social. La utopía, entonces, no debe entenderse como un estado absoluto, sino como un proceso gradual que un grupo social determinado, guiado por ciertos principios y objetivos, busca transitar. En este sentido, la utopía neoliberal se manifiesta en nuestra realidad como una fuerza orientadora, que intenta imponer la visión —y misión— del mundo del grupo hegemónico que detenta el poder.

En este sentido, las utopías operan como herramientas para ampliar, en el mundo real, los espacios donde pueden desplegarse las prácticas propias de cada paradigma. Por ello, la matriz ideológica que las sustenta resulta fundamental. De hecho, la utopía suele funcionar, en muchos casos, como una especie de "marca blanca" de un sistema de pensamiento, que lo hace más aceptable o universalizable. Según Ángel Carretero (2004), la ideología actúa como un mecanismo de ocultamiento del funcionamiento real de la vida social, al presentar una representación más o menos consciente que disfraza la naturaleza efectiva de una situación determinada. Karl Mannheim (1993), por su parte, establece una distinción formal entre ideología y utopía. Mientras que la ideología trasciende una realidad social sin lograr materializar su contenido potencial, la utopía también se proyecta más allá de las condiciones sociales existentes, pero lo hace orientando la acción hacia la transformación activa de la realidad histórica en función de sus propias concepciones[7]. No obstante, Mannheim advierte que la percepción de una idea como utopía o como ideología depende, en última instancia, del contexto histórico y del grado de viabilidad que tenga su aplicación en un momento dado. En este sentido, tanto la ideología como la utopía pueden entenderse como expresiones de corrientes de pensamiento que impulsan el cambio social, cada una con una relación particular frente a la posibilidad de realización.

En consecuencia, la utopía no puede entenderse de forma aislada respecto a la ideología, ni desligada de uno de sus componentes fundamentales: el imaginario. En efecto, cuando se aborda la utopía desde una perspectiva formal más que desde su contenido específico, esta se manifiesta como una expresión del imaginario social. Carretero (2001), retomando a Michel Maffesoli (1977), destaca el papel del imaginario como una fuerza movilizadora capaz de interpelar y cuestionar el orden social establecido. Es precisamente en esa tensión entre lo imaginario y lo real, entre lo

[7] "La fuerza de la utopía reside en su posibilidad de trascender lo real, por oposición a lo que cabría denominar ideología, que adhiere excesivamente a lo dado y por ello lo hace perdurar" (Maffesoli, 1977). Sin embargo, se puede vislumbrar la ideología en la motivación primera de todo deseo de utopía.

posible y lo imposible[8], donde emerge la utopía concreta como una herramienta potencialmente eficaz para proyectar y estructurar visiones del mundo futuro. Maffesoli concibe la utopía como un pretexto para movilizar expectativas en torno a la realidad, una forma de trascender lo real —en línea con la visión de Mannheim—. En este sentido, y como ya se ha señalado, la utopía "no significa un objetivo social a alcanzar, un vector histórico que fije una direccionalidad teleológica, por el contrario debe ser concebida como una apertura siempre inacabada de posibilidades de realidad alternativas a la institucionalizada socialmente, y que se desencadenan como resultado de la insatisfacción que ésta provoca" (Carretero, 2001). En definitiva, la utopía no es neutra ni inocente: está atravesada por sistemas de ideas e imaginarios que le dan forma y sentido.

La(s) utopía(s), además de por filiación ideológica o cosmogónica e imaginaria, también opera a diferentes niveles o dimensiones. Por un lado existe el ya mencionado nivel topográfico[9], y por otro, el relacional[10]. La dimensión topográfica es fundamental, ya que el espacio construido cumple una función estabilizadora en la configuración de la utopía. Desde los orígenes de la utopía moderna, con el ensayo de Tomás Moro, se destaca la eficacia y el valor tangible de un modelo espacial concreto —en ese caso, insular— (Choay, 2006). No obstante, aunque la utopía se articula estrechamente con lo espacial, los utopistas han tendido, en muchas ocasiones, a reducir su construcción exclusivamente a esta dimensión. Esta limitación ha sido señalada por varios autores como una expresión del espíritu o ideología *espacialista*, tal como lo plantea Grégory Busquet (2012–2013).

Como ya se ha señalado, las características de lo utópico trascienden el eje meramente espacial: son preespaciales y postespaciales, en tanto están profundamente ligadas al universo social. En otras palabras, la definición utópica de un espacio —su potencial transformador o revolucionario— depende de una configuración política distinta. Así lo entendía, entre otros, Henri Lefebvre, para quien la utopía implica una ampliación tanto de la concepción como de la práctica política. Por ello, una dimensión esencial de la utopía es la relacional, ya que las formas espaciales

[8] Desde una perspectiva libre e incluso paradójica, podría afirmarse que lo real representa aquello imposible de soportar de forma prolongada, mientras que lo imaginario encarna lo posible, aquello que es objeto de anhelo y proyección. Esta inversión conceptual recuerda, en cierto modo, la subversión semántica que propone Samuel Beckett al reinterpretar los términos "pesimismo" y "optimismo". Según esta lógica, el verdadero pesimista sería, en realidad, un optimista, en tanto que no se conforma con la situación presente y tiende a buscar su transformación. Por el contrario, el supuesto optimista adoptaría una actitud pasiva y resignada ante el estado de las cosas, convirtiéndose, en esencia, en un pesimista que renuncia a la posibilidad de cambio.

[9] Hay innúmeros ejemplos de (intentos de) utopía: el pueblo 'Liberal' en EEUU, concebido para librepensantes en 1880, las utopías autoencerradas de los migrantes germanos que llegaron al continente americano (Brasil, Estados Unidos, entre otros), el futurista pueblo de San Zhi, hoy abandonado o el pueblo-fábrica New Lanark de Owen en Escocia.

[10] En Utopía, Tomás Moro planteó que su construcción utópica se articulaba en torno a tres elementos independientes pero interrelacionados: la sociedad existente objeto de crítica, la "sociedad-modelo" descubierta y el "espacio modelo" donde esta se desarrolla (Choay, 2006). En el marco del presente análisis, estos tres componentes pueden reinterpretarse de la siguiente manera: el primero correspondería al nivel ideológico-imaginario, es decir, al análisis crítico de la sociedad actual desde una perspectiva que revela sus contradicciones estructurales; el segundo remitiría a la dimensión relacional, en tanto que las nuevas formas de interacción social serían las encargadas de gestar la sociedad alternativa; y el tercero aludiría a la dimensión topográfica, entendida como la referencia espacial o geográfica en la que se proyecta y localiza el modelo utópico emergente.

moldean y median las interacciones humanas. La utopía no puede reducirse a una mera construcción espacial; debe ser, ante todo, una configuración relacional. En última instancia, toda utopía implica una (re)distribución del poder, y el poder, como señala Foucault (2000), es fundamentalmente una forma de relación: la capacidad de definir cómo y hacia dónde se orientan los vínculos entre individuos y grupos.

A partir de estos niveles analíticos, es posible inferir que tanto los componentes como el resultado final de una utopía varían de manera significativa. En la actualidad, coexisten diversas fuerzas utópicas que difieren en su naturaleza y orientación, que van desde las utopías del buen vivir (Acosta, 2013), hasta las utopías *smart*[11], la utopía nativista contemporánea, y la utopía neoliberal previamente desarrollada. Por esta razón, resulta más adecuado hablar en términos de clases de utopía —o, en algunos casos, de utopías de clase[12]— en lugar de concebir *la* utopía como un fenómeno homogéneo.

La diversidad de tipologías y problemáticas asociadas a la utopía sugiere que este género —ya sea en su dimensión política, discursiva, literaria u otras— no ha perdido vigencia[13], incluso en un contexto contemporáneo marcado por la supuesta desaparición o agotamiento de las ideologías. El hecho de que la utopía persista incluso en un contexto de debilitamiento del pensamiento hecho política y de los grandes metarrelatos revela que las personas siguen necesitando construir utopías arraigadas en su vida cotidiana (el pensamiento *mágico* de algunos gobernantes, así lo constata). Muchos de estos proyectos o iniciativas —algunos apenas definidos ideológicamente— no se presentan explícitamente como utópicos ni como paradigmas integrales, pero cumplen una función utópica esencial: la de impulsarnos a avanzar.

Sin embargo, frente a utopías distópicas que se cierran sobre sí mismas, y que proclaman la unidimensionalidad de lo político —y con ello, la muerte de la utopía y el surgimiento de un espacio único sin alternativas, ni políticas ni espaciales—, las personas resisten este triunfo impuesto a través de la (re)vivencia de lo utópico. La historia de la utopía es continua (Herrera, 2013), y experiencias como la del 15M demuestran que su potencial sigue vigente. Tanto individuos como colectividades necesitan el poder transformador de las ideas y los imaginarios, ya que estos les permiten proyectarse hacia horizontes renovadores. La literatura es un campo profundamente vinculado a la imaginación y al imaginario, y constituye un ejemplo claro de esa

[11] En los últimos años se ha consolidado un imaginario tecnourbano o sociotecnológico que concibe la tecnología como el pináculo utópico del progreso. En este sentido, Fernández (2015) señala que la "smart city" representa el surgimiento de una nueva utopía urbana, cuyo propósito es remodelar la estructura física de la ciudad y sus infraestructuras asociadas, reconfigurar las relaciones personales y comunitarias, reorganizar las instituciones y los mecanismos de toma de decisiones, ampliar el abanico de opciones vitales disponibles en el entorno urbano y, en última instancia, ofrecer una teoría social innovadora sobre las ciudades.

[12] Ejemplos de segregación espacial por renta (creando un entorno predecible -un gueto para ricos- de personas de altos ingresos) se pueden encontrar en Paquot (2009).

[13] En palabras de Vergara (2003) en las últimas décadas se observa la (re)emergencia de otro tipo de metarelatos y utopías políticas y culturales, como las nativistas.

capacidad de imaginar mundos distintos y mejores más allá del presente. En particular, la ciencia ficción —como sostiene el sociólogo Jesús Ibáñez— es uno de los dispositivos más potentes para anticipar futuros posibles: representaciones coherentes de presentes observados desde una perspectiva utópica, capaces de configurar mundos alternativos en su totalidad.

En definitiva, las utopías son esperanzas, deseos de mejora social, horizontes y expectativas. Por eso, están siempre presentes e inevitablemente arraigadas en el interior humano. La utopía se repite a lo largo de la historia y en nuestro presente porque toca aspectos fundamentales y vitales, como la esperanza y la justicia. Así, los proyectos de liberación resultan irresistibles, pues nos invitan a imaginar el presente desde una perspectiva alternativa (Spósito, 2005).

Incluso los valores, ideologías, imaginarios y patrones de pensamiento actualmente hegemónicos recurren, aunque de manera implícita, al ideal utópico para legitimar su existencia y validez. La modernidad constituye un caso paradigmático de funcionamiento utópico, al imponerse con el ideal del progreso absoluto, entendido tanto como medio como fin último. Este concepto de progreso actuó como el eje utópico sobre el cual se articuló el desarrollo social y cultural[14]. Al igual que la utopía, el progreso orienta su acción hacia el futuro, impulsándonos hacia el avance continuo.

Además, todas estas manifestaciones —tipos de utopías, anhelos, proyectos de futuro, esperanzas y aspiraciones de justicia— se han relacionado estrechamente con la espacialidad urbana, configurando la ciudad como un referente central en la construcción y materialización de dichas visiones.

3.1 El sentido utópico del turismo en la ciudad

La utopía ha estado históricamente vinculada a la ciudad como espacio construido[15]. Lewis Mumford (1982) sostiene que la primera utopía fue, precisamente, la ciudad; esto, en parte, por el papel central que las ciudades ocupaban en la Grecia Clásica. Desde Platón hasta Bellamy, las ciudades han sido imaginadas como escenarios idóneos para materializar la utopía. De hecho, el propio urbanismo —concebido como la ciencia de la ciudad— se ha entendido como una herramienta privilegiada para "utopizar" el entorno urbano. Sin embargo, la función transformadora del urbanismo, por más que se presente como una disciplina científica, ha resultado ser eminentemente política y, en la mayoría de los casos, insuficiente y parcial.

[14] "El lugar de aquellas experiencias tradicionales de las generaciones pasadas lo ocupa ahora una experiencia de progreso, que presta al horizonte de expectativas anclado hasta entonces en el pasado una 'cualidad históricamente nueva, una permanente cualidad global de tono utópico'" (Habermas, 1993).

[15] Últimamente, además de la asociación sinonímica ciudad-utopía, esta utopía urbana se ha ido caracterizando por un componente tecno-digital, tal como exponen los recientes trabajos de Cranshaw (2013), Morozov (2010), Rendueles (2013), Townsend (2013) y Wiig (2015).

En este marco, la ciudad turística puede interpretarse como una herramienta utópica del capitalismo financiero, orientada a la especulación, la maximización de beneficios y la diversificación de mercados. Por ello, para explorar cualquier propuesta alternativa de utopía urbana, es necesario primero entender este paradigma utópico. La ciudad es un campo de conflictos, y es precisamente de estos conflictos —materializados en el espacio urbano— de donde pueden emerger nuevas utopías emancipadoras.

El turismo, entendido como actividad económica, se asienta sobre un horizonte utópico alimentado por imaginarios que movilizan deseos y expectativas. Estos imaginarios, cada vez más globalizados, estructuran tanto las prácticas como los discursos del turismo contemporáneo.

Maurice Halbwachs, a través de su noción de "corrientes de la memoria", y Patrick Garcia, al situarlas en una escala internacional, nos muestran cómo estas estructuras organizan las sociedades actuales (Hertzog, 2012). Danteur (2012), por su parte, describe al turismo como una industria globalizada que estandariza, patrimonializa y genera nuevas prácticas culturales, mientras mantiene otras preexistentes. A pesar de materializarse localmente, el fenómeno turístico tiene una dimensión global. El turismo tiene raíces locales, porque requiere de un lugar físico para existir[16], pero responde a tendencias mundiales y opera dentro de un contexto globalizante.

Esta dimensión global ha generado un imaginario igualmente global que clasifica y etiqueta los territorios mediante estrategias como el *place branding*. Las periferias se integran para ser consumidas (Boukhris, 2012). Algunas regiones son percibidas como paraísos vírgenes (Costa Rica, Kenia), mientras otras se valorizan por su riqueza patrimonial o cultural (Indonesia) (Salazar, 2010). Así se configura una división imaginaria del mundo. Las territorialidades ecológicas y patrimoniales, entonces, se combinan para satisfacer una necesidad de anclaje simbólico de individuos y colectivos en el tiempo (Debarbieux, 2006).

Según Debarbieux (2012), estos imaginarios forman parte del proceso de mundialización. En este marco, las ciudades y territorios deben diferenciarse para destacar dentro del sistema global. Noel Salazar (2010) distingue entre dos escalas: la glocal o translocal (de alcance mundial), y la multilocal (de escala regional). En el primer caso, los territorios deben resistir tendencias globalizadoras que imponen imaginarios. En el segundo, compiten con otros espacios similares por su lugar en el mundo. Así, los territorios buscan diferenciarse y ofrecer propuestas distintivas frente a la homogeneización de la economía contemporánea (Debarbieux, 2006). Se valora lo

[16] "Por lo tanto el espacio es lo que distingue el consumo y producción del turismo de otro tipo de servicios al consumidor" (Pedersen, 2001). Por eso luego reafirmaremos la política espacial que (in)conscientemente ejecutan los CSOs.

singular, lo exclusivo, lo distinto: una respuesta a la insignificancia que impone la posmodernidad (Castoriadis, 1997).

Esta competencia territorial se intensifica en las ciudades, especialmente en un contexto donde el papel económico ha dejado de concentrarse en los Estados-nación y ha sido asumido por las ciudades globales. Tras la crisis del fordismo y con la transición a un capitalismo basado en la acumulación flexible, las ciudades han devenido nodos estratégicos de la economía contemporánea. Este proceso se ha dado, en gran parte, mediante su terciarización: una reorientación hacia el turismo, la economía del conocimiento y las industrias culturales. De todos estos elementos, el turismo es, sin duda, el que más incide en la morfología urbana y en las políticas públicas.

Por mor de la llegada de capitales se confecciona una imagen-reclamo de la ciudad a través de la creación de espacios vigilados y cómodos para los turistas, convirtiendo los centros urbanos en "museos semivivos para la felicidad de los turistas" (Hiernaux, 2006) y en un "bazar resplandeciente de tiempos y espacios empaquetados" (Soja, 2004).

El turismo contemporáneo implica una profunda mercantilización del territorio, orientando su uso al beneficio económico. En este sentido, como advirtió Nieto (1977), "las agencias venden viajes de igual forma que podrían vender una mercancía consumista", evidenciando una lógica de negocio cuidadosamente planificada. Los espacios diseñados para la atención del turismo y orientados al mercado turístico conllevan frecuentemente un deterioro en la calidad de vida de los residentes locales. Mientras que los visitantes temporales disfrutan de una amplia gama de facilidades destinadas a potenciar y enriquecer su experiencia —tales como terrazas ubicuas, horarios comerciales extendidos, alojamientos céntricos y aparcamientos cercanos—, estos beneficios suelen materializarse a costa del bienestar y la habitabilidad del entorno para la población permanente. En oposición, aquello que se habilita para los turistas deja de estar al servicio de quienes habitan la ciudad, y en no pocos casos se convierte en un factor que agrava su calidad de vida e incluso contribuye a una degradación física (contrasentidos estéticos y funcionales), social (debilitamiento del tejido vecinal por el obligado éxodo), laboral (ampliación de las jornadas de trabajo y endurecimiento de las condiciones), económica (aumento de la explotación patronal-salarial), cultural (proliferación de actividades espectaculares y cromáticas perecederas o de breve duración[17]) y simbólica (abundancia de nodos e hitos de carácter

[17] La fugacidad no solo constituye una demanda social creciente, sino que se configura, quizá de manera contradictoria respecto a percepciones históricas previas, como una oferta institucional concreta. Esta se materializa en eventos efímeros como desfiles oficiales y corporativos (las denominadas "parades" en inglés y francés), movimientos transitorios promovidos por grupos organizados, y eventos instantáneos coordinados a través de internet entre personas que no mantienen vínculos previos (Hiernaux, 2006).

genérico que aluden a la imagen proyectada de la ciudad y la inconsistencia de dichos elementos con el pasado histórico coherente del barrio y la ciudad[18]).

Los residentes y turistas presentan necesidades y expectativas diferenciadas[19]; las percepciones positivas promovidas para atraer al turismo —como la imagen de un espacio cosmopolita, seguro y agradable— suelen lograrse mediante intervenciones urbanísticas y sociales que resultan desfavorables para la población local, tales como la pavimentación excesiva de plazas y calles o la promoción de actividades lúdicas vinculadas al consumo etílico. Asimismo, estos valores promovidos para el turismo frecuentemente entran en tensión con las tradiciones, prácticas y patrimonios inmateriales que configuran la identidad y el sentido de pertenencia de los habitantes[20].

El turismo transforma así lo urbano en un decorado, despojándolo de contenido y autenticidad, subordinándolo a la lógica de la espectacularidad. En este proceso, se construyen "disfraces urbanos", orientados a producir una apariencia monumental y homogéneamente 'pública' en el plano físico y "la abstracción de la buena conducta pública de toda la vida de la ciudad" (Sorkin, 2004) en lo moral.

Los espacios turísticos requieren una previsibilidad estructural y se diseñan para ofrecer experiencias repetitivas[21], lo cual contrasta con la imprevisibilidad inherente a la vida urbana que, según Michel de Certeau (2008), debe regirse por una "ley anónima" que permita a las calles conducirnos "de un lado a otro".

En la ciudad concebida bajo la lógica utópica turística, se observa un temor exacerbado hacia todo aquello que no esté controlado, registrado o conocido, lo que conduce a la exclusión de elementos fortuitos y fugaces como "malvivientes, comerciantes ambulantes, prostitutas y demás vagos"[22]. Esta alteridad *desbordante* es percibida como una amenaza que genera inseguridad y miedo. No obstante, el turista no rechaza totalmente la alteridad, siempre y cuando esta se encuentre enmarcada dentro de una narrativa segura y reconocible: debe ser exótica, pero también controlada. En consecuencia, se configura una alteridad comercializada, una alteridad convertida en una imagen de postal.

[18] "Edificios que basan su autoridad en unas imágenes sacadas de la historia, de un pasado falsamente recuperado que sustituye a un presente más exigente y vigilado" (Sorkin, 2004), o en palabras de Soja (2004) "unas sociedades de la hipersimulación políticamente paralizadas, en la cuales incluso la vida cotidiana se analiza temáticamente".

[19] Según relata Rouanet (2002) -para el caso de Formentera- "por un lado, la comunidad payesa da primacía a la socialización primaria y redes tradicionales y se basa en una malla muy estrecha de alianzas familiares. Por otro lado, el grupo polimórfico de extranjeros neo-residentes y peninsulares cultiva identidades originales alimentados por múltiples referencias culturales".

[20] El turismo demanda una autenticidad teatralizada junto con una serie de imaginarios asociados que regulan y refuerzan la concepción previa del destino. En palabras de Vitta, "lo que percibimos a través del edificio que alberga el hotel o del malecón no son únicamente sus muros o andadores, sino la representación —la materialización— de los valores que les atribuimos" (Yanes, 2008).

[21] Algo similar a lo que ocurre en los parques infantiles (Gaitán, 2014).

[22] Lo laberíntico, lo fortuito y lo fugaz son lo inherente a la 'personalidad urbana' definida por Hiernaux (2006) siguiendo a Wirth.

El turismo restituye la centralidad o genera un archipiélago de lugares que, sin embargo, existen únicamente en la forma[23] y para la forma, careciendo de las "conexiones que otorgan sentido a las formas" (Sorkin, 2004). Estos espacios no se constituyen como ámbitos de identidad, sino que funcionan como espacios de "instrumentalidad" (Castells, 1998). Desde una perspectiva territorial, el turismo configura nuevas insularidades que, con el tiempo, se transforman en espacios prohibidos para quienes no son turistas (Enríquez Acosta, 2009). Este fenómeno se hace especialmente patente en el contexto urbano.

Asimismo, el turismo magnifica el pasado en el presente, sumergiendo al visitante en un parque temático desvinculado del tiempo histórico. En esta lógica, el viaje no transcurre a través del tiempo, sino exclusivamente a través del espacio[24], concebido este último como una representación simbólica.

Como máxima expresión de espacio escénico, el lugar turístico representa la quintaesencia de la planificación urbana: es diseñado y ejecutado con meticulosidad. El turismo configura una hiperciudad, definida por Sorkin (2004) como "una ciudad de miles de millones de habitantes (todos ellos consumidores) pero sin ningún residente", donde el espacio vivido y sus habitantes permanentes carecen de lugar, pues se trata de "la utopía del tránsito, del flujo, un espacio en el que todos están únicamente de paso (…) ensamblado por una movilidad constante". Los espacios dedicados al ocio reciben al turista y lo separan de la rutina diaria, el trabajo y sus ritmos habituales.

En este sentido, las vacaciones se entienden como una forma de escapismo, una versión idealizada de la vida que excluye el sufrimiento y contrasta con la existencia cotidiana (Sorkin, 2004). Los visitantes buscan un paisaje mistificador e idealizado, incompatible con las condiciones reales de la vida ordinaria. Por ello, estos espacios turísticos difieren en forma, lógica y finalidad de los espacios donde se desarrolla la vida diaria. Estos últimos, en contraste, son considerados por De Certeau (2008) como "lugares encantados, esquema inverso del Panopticon", y constituyen "una ciudad trashumante, o metafórica" que "se insinúa en el texto vivo de la ciudad planificada y legible".

3.2 La configuraciones utópicas de Barcelona

Barcelona, la ciudad de los prodigios (¿pero para quién?), urbanísticamente pasó por distintas fases: primero, con la modernidad concebida como utopía redentora[25]; luego, con el funcionalismo impulsado por los CIAM; más tarde, bajo el desarrollismo del franquismo; y

[23] "Sólo sirven para simular el fenómeno del centro" (Halley, citado en Soja, 2004).
[24] En palabras de Soja (2004), "sería la comprensión del espacio, más que el tiempo".
[25] Veamos, si no, las Exposiciones Universales de 1888 y 1929.

finalmente, con la democratización del espacio público. No obstante, ninguna de estas etapas ha logrado validar una utopía urbana tangible.

Barcelona, ciudad desde la cual se abordan las diversas nociones de utopía en este análisis, se encuentra inmersa en fuerzas y paradigmas específicos. En las últimas décadas, uno de los paradigmas predominantes ha sido el turismo, debido a los poderosos actores que moviliza. Sin embargo, como se ha señalado, la construcción de utopías no es un proceso inocente; la materialización física (mediante adecuaciones y transformaciones en la morfología urbana) y simbólica (a través de la narrativa sobre lo urbano) de un destino turístico implica una distorsión de las experiencias cotidianas, necesidades y vivencias de los habitantes originarios. Esta dimensión utópica de Barcelona responde en gran medida a los intereses de los grandes actores capitalistas[26], quienes conciben el turismo como un medio para consolidar[27], expandir o hacer prosperar sus negocios.

La desconexión estructural entre los ámbitos turístico y vecinal genera dinámicas de opresión y relaciones de poder asimétricas, en las cuales las políticas públicas orientadas al turismo suelen prevalecer sobre las experiencias y necesidades cotidianas de la comunidad local[28]. El excesivo énfasis en "la conservación de los restos físicos de la ciudad histórica" contribuye a la degradación de las ecologías humanas que producen y habitan la ciudad (Sorkin, 2004).

No obstante, resulta evidente que una ciudad no puede configurarse exclusivamente como un espacio turístico ni orientarse completamente hacia la realización de una utopía turística, que a menudo resulta difusa. Siempre existen visiones alternativas que disputan el orden establecido y que, desde los límites que enfrentan, promueven otras tendencias. Lejos de ser una confrontación dicotómica o exclusiva —puesto que las tensiones son múltiples y complejas—, a continuación se presentará otra utopía que también coexiste en el espacio urbano.

La utopía realista propuesta por los Centros Sociales Okupados (CSO) puede actuar como un contrapunto dialógico que permite una comprensión más profunda de la naturaleza urbana. Estos espacios evidencian las zonas oscuras que la utopía oficial tiende a ocultar y, a partir de la tensión generada entre ambos modelos, se alcanza una visión más compleja y matizada de la realidad. Como se ha señalado, de los conflictos emergen nuevas utopías; en este caso, el conflicto en

[26] Se prioriza mejorar, por ejemplo, el Passeig de Gràcia, "el paseo más señorial de la ciudad", porque según Trias -el anterior alcalde- se debía convertir en "un lugar prémium": http://www.lavanguardia.com/politica/20140114/54398106671/las-obras-de-mejora-del-paseo-de-gracia-acabaran-antes-de-un-ano.html

[27] Abriendo exclusivos hoteles de lujo: http://www.lavanguardia.com/local/barcelona/20160318/40535230314/monument-hotel-paseo-de-gracia-barcelona-hotel.html

[28] Un ejemplo reciente lo tenemos en Girona, donde a raíz de una denuncia hostelera las campanas de la catedral dejan de repicar de noche (http://cat.elpais.com/cat/2016/02/03/catalunya/1454524736_813738.html). Todo ello entra en la tendencia de proliferar una estética aséptica que no beneficia al habitante sino al turista (Janoschka, 2011). De hecho, en este caso quedó palmariamente claro el desfase que existe entre las regulaciones en pro del turismo y las necesidades vecinales, pues los habitantes se opusieron a que las campanas se silenciaran (http://cat.elpais.com/cat/2016/02/11/catalunya/1455189501_860814.html).

torno a la gestión urbana y las experiencias de sus habitantes da lugar a dos utopismos prácticamente opuestos. En última instancia, se confrontan dos concepciones de ciudad: una promovida por las políticas urbanísticas dominantes que han facilitado su desarrollo durante años (Sebrek et al., 2022), y otra que se ha visto forzada a operar dentro de los límites impuestos por dicho modelo hegemónico.

3.2.1 Los Centros Sociales Okupados contra la depredación turística

El movimiento de okupación en Barcelona ha pasado por diferentes periodos, desde una primera etapa de consolidación y exportación del modelo europeo, hasta un ensanchamiento de su base y alianza con otros movimientos sociales en los 90 (con los hitos especiales del desalojo del Cinema Princesa y la entrada del nuevo código penal, ambos en el año 1996) y con una descentralización en los últimos años (Tutor Anton, 2020b). Con la normalización de la democracia y la agudización de las problemáticas urbanas (tanto en forma de política pública como en forma de las contradicciones que generaba), el movimiento okupa y otros movimientos sociales comenzaron a fijarse en el modelo de ciudad como campo para desarrollar una respuesta política y social.

Figura 1. 'Why call it tourist season if we can't shoot them?'. Blokes Fantasma



Fuente: Steen, Katzeff y Hoogenhuijze, 2014

Efectivamente, las primeras resistencias al modelo urbanístico predominante surgieron durante la preparación de los Juegos Olímpicos de 1992. Desde entonces, se intuyó que la estrategia de marketing olímpica tenía como objetivo posicionar a Barcelona en los circuitos turísticos internacionales a largo plazo. No obstante, es bien sabido que el evento olímpico desempeñó un

papel simbólico redentor tanto en el ámbito urbanístico como ciudadano. Los Juegos Olímpicos funcionaron como un catalizador simbólico para reinventar y proyectar un modelo de Barcelona exitosa y abierta al mundo. Tras cuatro décadas de estado de excepción impuesto por el franquismo, los Juegos representaron una oportunidad para superar el atraso acumulado y superar la apatía heredada del periodo de posguerra (Vázquez Montalbán, 1992). Por ello, en un contexto de euforia generalizada, tanto desde los espacios autónomos y del movimiento okupa como desde otros movimientos sociales, la respuesta crítica frente a estos planes urbanísticos fue tardía.

Cuando en 2004 se intentó reeditar el consenso ciudadano en torno al Fórum de las Culturas, la contestación por parte del movimiento autónomo y okupa, en conjunto con otros movimientos sociales, fue notablemente más intensa y mediática.

Figura 2. 'Tourist go home. Migrant welcome'



Fuente: http://www.elmundo.es/cataluna/2016/05/02/5727a0dbe5fdeaf1698b460d.html

El movimiento de okupación, con los Centros Sociales Okupados (CSOs) como su vanguardia, ha estado, sobre todo a partir de los años 90, presente en la oposición a grandes proyectos urbanísticos y turísticos, que frecuentemente se encuentran interrelacionados. Más allá de las luchas contra las remodelaciones a escala urbana, la resistencia frente a los impactos del turismo se ha manifestado también en diversos otros escenarios. De hecho, al igual que en Europa, donde

durante las últimas cuatro décadas el movimiento de okupación ha evolucionado hacia un auténtico movimiento urbano autónomo con un enfoque democrático radical de la política urbana (Martínez, 2012), en Barcelona también ha sido un actor aglutinante (punta de lanza que reúne a otros movimientos) o agregador (una fuerza acumulativa junto con otros actores) que ha contribuido y enriquecido el debate público en torno a las políticas urbanas. En su caso concreto, además, con el componente añadido de poder llevar a cabo una contestación espacial, en cuanto que moviliza edificios y espacios físicos.

En este contexto, por ejemplo, la efímera okupación en 2016 del antiguo edificio de la Llotja[29], denominada Mukhayyam (que significa "campamento" en árabe), buscaba reivindicar la autogestión del edificio como vía para ofrecer un espacio de apoyo basado en el empoderamiento mutuo —y no en el asistencialismo o paternalismo—, así como en la solidaridad —y no en la caridad— para migrantes y refugiados, al tiempo que visibilizaba la inacción administrativa en una ciudad que se proclama como ciudad refugio. Asimismo, esta acción denunciaba el modelo turístico desmedido que mercantiliza la ciudad y sus relaciones sociales, estableciendo un contrapunto entre la llegada de migrantes y la afluencia turística.

Figura 3. Cabecera de la manifestación de rechazo al desalojo del CSOA La Indústria. 'Defensem allò que estimem. CSOA La Indústria. Contra la Marca Bcn'



Fuente: Squat!Net

[29] http://www.lavanguardia.com/local/barcelona/20160502/401513576897/ocupada-llotja-borsi-barcelona-acogida-migrantes.html

En otras ocasiones, las fuerzas impulsoras vinculadas al gran capital financiero, que promueven el modelo turístico vigente, han atacado los espacios okupados mediante la acción expropiatoria tanto del capital privado como de las administraciones públicas. Un ejemplo emblemático es el desalojo del Centro Social Okupado Autogestionado (CSOA) La Indústria, motivado por la denuncia de un propietario con la intención de construir un bloque de apartamentos turísticos en ese lugar[30]. Tras consumarse el desalojo, se convocó una manifestación en apoyo al CSO en la que se escucharon consignas como "Vosotros turistas, sois los terroristas", estableciendo una clara conexión entre la expulsión y el turismo. En una de las pancartas se leía "Defendamos aquello que amamos. Contra la Marca Barcelona". Los manifestantes aludían así a la estrecha relación entre el turismo y el modelo urbano de la ciudad, señalando que el turismo no es un fenómeno espontáneo, sino producto de una concepción particular de la ciudad y la vida urbana. Este fenómeno es promovido de manera intencionada y se sustenta en un entramado material y discursivo al que se destinan recursos específicos para crear las condiciones favorables a su atracción.

Más recientemente, el caso de la Casa Orsola (Pauné, 2025), visibilizó las graves afectaciones que sobre la vivienda habitual tiene la inclemente presión de la temporada turística, que ya se alarga a todo el año, una temporada turística perpetua. Otro ejemplo dentro del movimiento de okupación fue el Centro Social La Benaventurada, que recibió el ataque de la entonces presidenta de la Plataforma Pro Viviendas Turísticas (PPVT)[31].

4 Y un rayo de esperanza…

Estas condiciones son parte del sistema de soportes materiales constituida por las actividades económicas, sociales, políticas y culturales que conforman las ciudades. Por lo tanto, condicionan en lo que se convierten las ciudades y la cotidianeidad de sus habitantes. El caso de la vivienda es una de las expresiones más lacerantes en que estos soportes materiales y la vida de la población se entrecruzan.

Estamos ante un nuevo orden urbano, es decir, ante reglas y/o desregulaciones, que buscan facilitar la monetarización de la ciudad, su mercantilización. Esto es evidente con el caso de la vivienda y el suelo urbanos, donde la retirada del papel mediador del Estado y las posteriores políticas desreguladoras y liberalizadoras acabaron por convertir estos elementos en auténticos depósitos de valor, un segundo circuito, la mercancía-vivienda (y aún más con el adelgazamiento de las protecciones sociales del Estado, cuya consecuencia ha sido que la vivienda en propiedad sea vista como valor refugio). Así, se acaba segmentando la oferta de vivienda por grupos según

[30] http://www.laintervia.cat/2014/11/26/el-csoa-la-industria-a-judici-per-la-febre-turistica/
[31] http://www.proviviendasturisticas.com/

poder de adquisición. La naturaleza inmobiliaria de las ciudades, a cuya estela se enganchan los agentes turísticos, se convierte en motor y creador de valor. Ya Smith (2020) advirtió que en la escala urbana las dinámicas de diferenciación del espacio urbano quedan epitomizadas en los niveles que asume la renta del suelo (que representa una medida cuantitativa de las fuerzas sociales básicas que promueven la diferenciación o inversión en vista de tasas de retorno, a partir del *rent gap*) (Goicoechea, 2015).

La precarización de la vida, ligada a la mercantilización turística de la vivienda, ejerce una fuerte presión alcista sobre los alquileres. La proliferación descontrolada de alojamientos turísticos (tanto los que están sin licencia como los que cuentan con ella, acaban por saturar el tejido barrial), es un factor clave en las dinámicas que desplazan y expulsan a las poblaciones vulnerables con menos recursos[32]. El desplazamiento es un concepto con claras connotaciones políticas que implica inevitablemente la expulsión de los espacios de vida -la casa, el barrio- y socialización -el espacio público- (Blanco y Apaolaza, 2016). El desplazamiento es, también, un tipo de *política espacial*.

Ante esta situación, los CSOs piensan la ciudad en otra dirección y consiguen alternativas para el acceso a la vivienda. Así, el movimiento por la okupación y el movimiento por la vivienda presentan afinidades y confluencias (Grazioli, 2017). El Espacio Social Magdalenes, por ejemplo, se convirtió en un proyecto público abierto y que promovió y acogió iniciativas para dar respuesta a las problemáticas que afectaban al barrio: gentrificación creciente, acoso inmobiliario, presiones de la industria turística, socavamiento de las redes sociales y acogida de la población migrante. No en vano, Magdalenes fue un espacio de encuentro para el activismo habitacional pionero (V de Vivienda, Taller contra la Violencia Inmobiliaria y Urbanística) a lo largo de cinco años. Por eso, este CSO, desde sus inicios en 2005, contó con el apoyo de los vecinos, víctimas del acoso inmobiliario y de las intenciones de construir un hotel en ese local (González, 2019). Estos entrelazamientos se volvieron comunes en la década de los 90, especialmente con el violento desalojo del Cinema Princesa (Garcés, 2018), que hizo despertar a los movimientos sociales a la realidad urbana y solidarizarse con la comunidad okupa, hasta entonces bastante marginada, pues quedó patente que les afectaban y luchaban por y contra un modelo de ciudad similar.

Huelga señalar que estas confrontaciones no ocurren únicamente en Barcelona. Los ejemplos a lo largo de Europa son numerosos. En Grecia, en el caso de Rosa Nera ocurría lo mismo: junto con una variedad de eventos políticos y culturales y una infraestructura permanente de teatro, biblioteca, huerto o una cocina colectiva, entre otras, era la vivienda para 15 personas. En una ciudad como Chania, donde los alquileres asequibles escasean, el hecho de haber abierto una

[32] Justamente Barcelona ha introducido este año una normativa para paliar estos efectos.

vivienda digna, expresa el sentido de lucha del espacio okupado. Además, producen un sentido diferente de habitar la ciudad.

Ambos CSOs fueron desalojados por la presión turística, de modo que es inevitable oponer el modelo turístico al modelo que los espacios okupados, desde una escala más reducida, proponen. Una buena manera de contextualizar este antagonismo es tomar los conceptos de Stavros Stavrides umbral y enclave (Stavrides, 2016). El umbral y el enclave se mueven en la oposición apertura/cierre y la consiguiente ciudad o la manera de vivir la ciudad que alumbra cada uno de los paradigmas. El umbral representa el deseo de traspasar el espacio de uno mismo, de lo igual, y adentrarse hacia el encuentro con el otro, buscando reducir la distancia; el enclave, por contra, ensimisma a quien se lo aplique, ya sea una colectividad o un espacio.

En esta dimensión ideal, los espacios de la utopía turística funcionan como enclaves, encapsulando las alteridades dentro de una burbuja controlada, que identifica, regula y lo hace legible todo a ojos del turista. Según Gieryn (2000), son lugares que se explican por pautas que se inspiran en narraciones del lugar que legitiman los enclaves homogéneos resultantes, y, "por tanto, como escapatorias de los riesgos, la contaminación y los indeseables que se plantan simultáneamente en la ciudad". Los CSOs, en cambio, nacen como puntos de interacción entre los colectivos y los vecinos, los movimientos contestatarios y la ciudad y por ello se considera que funciona como umbral (aunque claro está, es un esquema ideal que no siempre funciona así[33]).

El desarrollo turístico concibe la ciudad como un simulacro urbano destinado a ser consumido por los visitantes (Capel, 2007). En contraste, los Centros Sociales Okupados (CSOs) se sitúan en los márgenes de esta ciudad hegemónica y alternativa, configurando un espacio de enunciación e imaginación distinto, en el cual no prevalecen lógicas externas, sino prácticas que priorizan el valor de uso y modos de habitar que dotan a lo urbano de un contenido esencial, más allá de lo meramente contingente. En este sentido, esta visión utópica alternativa actúa como contrapeso frente a los excesos propios de la utopía turística, ya sean de visibilidad, discursivos o de apropiación espacial. No es casual que los CSOs se posicionen en confrontación con un turismo que consideran perjudicial. La existencia de estos espacios se justifica fundamentalmente por su vocación de explorar y *materializar* nuevas utopías urbanas que amplíen el horizonte de la

[33] Obviamente, los Centros Sociales Ocupados (CSOs) no están exentos de conflicto(s). Al igual que otros espacios de interacción y de abrigo de una comunidad humana, los CSOs son escenarios en los que se manifiestan encuentros y desencuentros. Sin embargo, los CSOs se caracterizan por una mayor frecuentación y habituación, lo que facilita el establecimiento de relaciones de proximidad e interés mutuo entre personas y colectivos afines. Pero, del mismo modo, esta intimidad ganada que caracteriza estas relaciones también favorece la aparición de roces y desavenencias a lo largo del tiempo (Tutor Anton, 2021).

autonomía política y urbana (Tutor Anton, 2020a). No en vano, las políticas espaciales se han demostrado efectivas en este y otros contextos (Santamarina, 2020).

Esta es también parte de la lucha descrita por Lefebvre entre la apropiación y la alienación, que es el núcleo original de la propuesta del derecho a la ciudad. Lefebvre 2013) traslada la alienación de la producción de cosas (fetichismo de la mercancía) a la producción de espacio y relaciones sociales en los sistemas capitalistas. Mientras que la propiedad privada de los medios de producción aliena el trabajo asalariado de su producción, la propiedad privada de la tierra urbana aliena a los habitantes de la ciudad, tanto subjetiva como objetivamente. En el mundo moderno, el acto de separación entre la obra (el espacio) y el productor (la sociedad) impide la apropiación efectiva de lo urbano. Si el espacio tiene tres dimensiones, lo percibido (material y concreto), lo concebido (abstracto e ideal) y lo vivido (experiencial), ¿Cómo se percibe, se concibe y se vive el espacio de lo turístico? Este modelo de turismo percibe su espacio como el medio para valorizar una experiencia, lo concibe como terreno imaginario donde realizar su fantasía y lo vive como una experiencia tematizada. Estos espacios anulan la dimensión política subversiva del espacio. La utopía turística tiende a producir lugares genéricos en los que la participación está alienada, sometida a una lógica de consumo y de espectáculo (promueve el ciudadano espectador, la fachada colorida, la temporalidad extraordinaria y una consistencia superficial).

Por contra, los Centros Sociales Okupados ofrece un espacio de autonomía y de potencias individuales y colectivas, porque propician la posibilidad del encuentro y la diferencia, la mayor virtud de la ciudad. Estos espacios de contacto con el otro representan un umbral, ya que proporcionan las bases para una posible solidaridad entre diferentes personas a las que se permite recobrar el control sobre sus propias vidas y apropiarse de su entorno (Stavrides, 2007).

En suma, frente a los desmanes del modelo turístico actual, los Centros Sociales Okupados se erigen en portadores de una vía alternativa. Este otro camino se fundamenta en la solidaridad, no únicamente en el acceso a la vivienda, también en proveer de techo y seguridad material a los más necesitados, incluidos los migrantes (Kapsali, 2020; Mudu y Chattopadhyay, 2018). Estas posibles geografías del cuidado (Conradson, 2003) son posibles gracias al cortocircuito que estos espacios provocan en la cadena de extracción de valor urbana. Esta política espacial, además, produce otras centralidades diferentes a las turísticas. Rosa Nera estaba estratégicamente situado sobre un visible promontorio que domina el centro histórico y su puerto. Bajo estos imperativos turísticos, esta privilegiada localización no podía estar fuera del control de los detentores del poder, y fue desalojado para realizar su némesis: un complejo hotelero. La utopía turística busca la centralidad en cuanto privilegio para la extracción de rentas. En palabras de Lefebvre, el espacio es consumido tanto en sentido económico como en sentido literal (Díaz-

Parra y Jover, 2021). El movimiento okupa, con su política de oposición espacial, disputa esta centralidad y crea otra nueva (Díaz-Parra, 2019), alrededor de valores no mercantiles (Brenner et al., 2011). La okupación ofrece así la oportunidad de construir literalmente un *habitus* alternativo que es, al mismo tiempo, la base para producir una infraestructura urbana radical y un sentido diferente de la vivienda compartida o del habitar (Vasudevan, 2015). Bajo el signo de la utopía el espacio se convierte en fundamental y, por ello, los CSOs son la vanguardia de esta oposición y proposición espacial.

Agradecimientos: Quiero agradecer las valiosas contribuciones de dos de las personas que han revisado este artículo y el cuidado de sus comentarios, así como la paciencia de la editora.

Referencias bibliográficas

Acosta, A. (2013). *El Buen Vivir. Sumak Kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos (Ecuador)*. Icaria Antrazyt.

Alvarado, S. V., & Ospina, H. F. (2009). La investigación cualitativa: una perspectiva desde la reconstrucción hermenéutica. En G. Tonon (Comp.), *Reflexiones latinoamericanas sobre investigación cualitativa*. Prometeo y Universidad Nacional de La Matanza.

Blanco, J., & Apaolaza, R. (2016). Políticas y geografías del desplazamiento: Contextos y usos conceptuales para el debate sobre gentrificación. *Revista INVI*, *31*(88), 73–98. https://doi.org/10.4067/S0718-83582016000200073

Boukhris, L. (2012). El imaginario turístico a prueba de Costa Rica: Entre «ver» y «hacer» el territorio. *Via@, Revista Internacional Interdisciplinar de Turismo*, *(1)*.

Brenner, N., Marcuse, P., & Mayer, M. (2011). Cities for people, not for profit. *City*, *13*(2–3), 176–184. https://doi.org/10.1080/13604813.2011.568700

Busquet, G. (2012-2013). L'espace politique chez Henri Lefebvre: l'idéologie et l'utopie. *Justice spatiale - spatial justice*, (5).

Cabrerizo, C., Sequera, J., & G. Bachiller, P. (2016). Entre la turistificación y los espacios de resistencia en el centro de Madrid: Algunas claves para (re)pensar la ciudad turística. *Ecología Política*, *52*, 78–82.

Capel, H. (2007). El debate sobre la construcción de la ciudad y el llamado 'Modelo Barcelona'. *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, *11*(233).

Carlsson, C., & Manning, F. (2010). Nowtopia: Strategic exodus? *Antipode: A Radical Journal of Geography*, *42*, 924–953. https://doi.org/10.1111/j.1467-8330.2010.00785.x

Carretero Pasín, Á. E. (2001). *Imaginarios sociales y crítica ideológica. Una perspectiva para la comprensión de la legitimación del orden social* (Tesis doctoral). Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela.

Carretero Pasín, Á. E. (2004). Repensar la ideología desde lo imaginario. *Sociológica. Revista de pensamiento social*, (5), 101–125.

Castells, M. (1998). *Espacios públicos en la sociedad informacional*. Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.

Castoriadis, C. (1997). Hablando con Cornelius Castoriadis (Entrevista realizada por J. Liberman). *Le Nouveau Politis*, (434).

Cattaneo, C., & Tudela, E. (2014). ¡El carrer és nostre! El movimiento autónomo en Barcelona, 1980–2012. En B. Steen, A. Katzeff, & L. Hoogenhuijze (Eds.), *The city is ours: Squatting and autonomous movements in Europe from the 1970s to the present* (pp. 95–130). PM Press.

Choay, F. (2006). La utopía y el estatuto antropológico del espacio edificado (R. Hincapié Aristiábal, Trad.). En *Pour une anthropologie de l'espace*. Éditions du Seuil.

Christin, R. (2018). *Manual del anti-turismo*. Txalaparta.

Christin, R. (2023). *Contra el turismo ¿Podemos seguir viajando?*. Txalaparta.

Conradson, D. (2003). Geographies of care: Spaces, practices, experiences. *Social & Cultural Geography*, *4*(4), 451–454. https://doi.org/10.1080/1464936032000137894

Cranshaw, J. (2013). Whose "city of tomorrow" is it? On urban computing, utopianism, and ethics. Ponencia presentada en *UrbComp'13*. Chicago, EE. UU. Disponible en: https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=2289964

Crouch, G. I. (2011). Destination competitiveness: An analysis of determinant attributes. *Journal of Travel Research*, *50*(1), 27–45. https://doi.org/10.1177/0047287510362776

Danteur, T. (2012). Authenticity through staging: Dialogic analysis of Jemaa El Fna square's touristic and cultural activities and representations. *Via@, Revista Internacional Interdisciplinar de Turismo*, *(1)*.

De Certeau, M. (2008). Andar la ciudad. *Bifurcaciones*, (7).

Debarbieux, B. (2006). Prendre position : réflexions sur les ressources et les limites de la notion d'identité en géographie. *L'Espace Géographique*, (4), 340–354.

Debarbieux, B. (2012). Turismo, imaginarios e identidades: invertir el punto de vista. *Via@, Revista Internacional Interdisciplinar de Turismo*, (1).

Díaz-Parra, I. (2019). The squatters' and tenants' movement in Buenos Aires: A vindication of centrality and the self-managed production of space. En N. Yip, M. Martínez López, & X. Sun (Eds.), *Contested cities and urban activism* (pp. 275–296). Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-981-13-1730-9_12

Díaz-Parra, I., & Jover, J. (2021). Overtourism, place alienation and the right to the city: Insights from the historic centre of Seville, Spain. *Journal of Sustainable Tourism*, *29*(2–3), 158–175. https://doi.org/10.1080/09669582.2020.1717504

Gaitán, L. (2014). ¿Protegidos o segregados? La (falta de) imaginación en los parques infantiles. *Mente Sana*, (102).

Garcés, M. (2018). *Ciudad Princesa*. Galaxia Gutenberg.

Ghiso, A. (2000). Potenciando la diversidad (Diálogo de saberes, una práctica hermenéutica colectiva). Disponible en: https://corporacionparaeldesarrolloregional.org/wp-content/uploads/2023/02/potenciando_diversidad.pdf

Gieryn, T. F. (2000). A space for place in sociology. *Annual Review of Sociology*, *26*, 463–496. https://doi.org/10.1146/annurev.soc.26.1.463

Goicoechea, M. E. (2015). Acerca del desarrollo geográfico desigual en las ciudades latinoamericanas actuales. Ponencia presentada en el *I Congreso Latinoamericano de Teoría Social*, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina.

González, R. (2019). From the squatters' movement to housing activism in Spain: Identities, tactics and political orientation. En N. M. Yip, M. A. Martínez López, & X. Sun (Eds.), *Contested cities and urban activism* (pp. 175-197). Palgrave Macmillan.

Grazioli, M. (2017). From citizens to *citadins*? Rethinking right to the city inside housing squats in Rome, Italy. *Citizenship Studies*, *21*(4), 393–408. https://doi.org/10.1080/13621025.2017.1307607

Habermas, J. (1993). *El discurso filosófico de la modernidad* (M. Jiménez Redondo, Trad.). Taurus Humanidades.

Harvey, D. (2005). The sociological and geographical imaginations. *International Journal of Politics, Culture, and Society*, *18*(3-4), 211-55. https://doi.org/10.1007/s10767-006-9009-6.

Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal.

Herrera, J. D. (2009). *La comprensión de lo social. Horizonte hermenéutico de las ciencias sociales*. CINDE.

Hertzog, A. (2012). War battlefields, tourism and imagination. *Via@, Revista Internacional Interdisciplinar de Turismo*, (1).

Hiernaux, D. (2006). Repensar la ciudad: la dimensión ontológica de lo urbano. *Liminar. Estudios Sociales y Humanísticos*, *4*(2), 7–17.

Holloway, J. (2011). *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*. Ediciones Herramienta.

Janoschka, M. (2011). Geografías urbanas en la era del neoliberalismo. Una conceptualización de la resistencia local a través de la participación y la ciudadanía urbana. *Investigaciones Geográficas*, (76), 118–132.

Kapsali, M. (2020). Political infrastructures of care: Collective home making in refugee solidarity squats. *Radical Housing Journal*, *2*(2), 13–34.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio* (A. Gómez Viseras, Trad.). Capitán Swing.

Maffesoli, M. (1977). *Lógica de la dominación*. Península.

Mannheim, K. (1993). *Ideología y utopía: Introducción a la sociología del conocimiento*. Fondo de Cultura Económica.

Mansilla, J. A. (2018). Vecinos en peligro de extinción. Turismo urbano, movimientos sociales y exclusión socioespacial en Barcelona. *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, *16*(2), 279-296. 10.25145/j.pasos.2018.16.020

Martínez, M. Á. (2012). The Squatters' Movement in Europe: A Durable Struggle for Social Autonomy in Urban Politics. *Antipode*, *00*(0), 1-22. doi: 10.1111/j.1467-8330.2012.01060.x

Martínez, M. Á. (2014). Squatting for justice, bringing life to the city. *ROAR Magazine*. Disponible en : https://roarmag.org/essays/miguel-martinez-squatting-justice/

Martínez, M. Á., & Cattaneo, C. (2014). Squatting as an alternative to capitalism: An introduction. En Squatting Europe Kollective (Ed.), *The squatters' movement in Europe: Commons and autonomy as alternatives to capitalism* (pp. 1–25). Pluto Press.

Mihalic, T. (2020). Conceptualising overtourism: A sustainability approach. *Annals of Tourism Research*, *84*. https://doi.org/10.1016/j.annals.2020.103025

Milano, C., González-Reverté, F., y Benet Mòdico, A. (2023). The social construction of touristification. Residents' perspectives on mobilities and moorings. *Tourism Geographies*. 10.1080/14616688.2022.2150785.

Milano, C., Novelli, M., & Russo, A. P. (2024). Anti-tourism activism and the inconvenient truths about mass tourism, touristification and overtourism. *Tourism Geographies*, 1–25. https://doi.org/10.1080/14616688.2024.2331045

Morozov, E. (2010). Technological utopianism. *Boston Review*. Disponible en: http://new.bostonreview.net/BR35.6/morozov.php

Mudu, P. (2004). Resisting and challenging neoliberalism: The development of Italian social centers. *Antipode: A Radical Journal of Geography*, *36*(5), 917–941. https://doi.org/10.1111/j.1467-8330.2004.00449.x

Mudu, P., & Chattopadhyay, S. (Eds.). (2018). *Migration, squatting and radical autonomy: Resistance and alternatives*. Routledge.

Mumford, L. (1982). La utopía, la ciudad y la máquina. En F. E. Manuel (Ed.), *Utopías y pensamiento utópico*. Espasa-Calpe.

Nieto Piñeroba, J. A. (1977). Turistas y nativos: El caso de Formentera. *Revista española de la opinión pública (REOP)*, (47), 147–165.

Nilsson, J. H. (2020). Conceptualizing and contextualizing overtourism: The dynamics of accelerating urban tourism. *International Journal of Tourism Cities*, *6*(4), 657–671. https://doi.org/10.1108/IJTC-08-2019-0117

Oskam, J. A. (2020). Introduction. En J. Oskam (Ed.), *The overtourism debate: NIMBY, nuisance, commodification* (pp. 1–7). Emerald Publishing Limited.

Paquot, T. (Dir.). (2009). *Ghettos de riches: Tour du monde des enclaves résidentielles sécurisées* (298 p.). Éditions Perrin.

Pauné, M. M. (2025). Ocho claves para entender el conflicto de la Casa Orsola de Barcelona. *El Periódico de Catalunya*. Disponible en: https://www.elperiodico.com/es/espana/20250131/ocho-claves-entender-conflicto-casa-orsola-barcelona-117862127

Pedersen, M. H. (2001). Deconstruction destinations: the place of space in tourism studies. En L. Drewes Nielsen & H. Hjorth Oldrup (Eds.), *Mobility and transport: an anthology* (pp. 73–85). Transportrådet.

Rendueles, C. (2013). *Sociofobia: El cambio político en la era de la utopía digital* (206 págs.). Capitán Swing.

Raffesttin, C. (1993). *Disputa de imágenes, disputa de poder. Por uma geografia do poder*. Ática.

Rouanet, F. (2002). Formentera, un espace mythique. *Socio-anthropologie*, (12).

Ruggiero, V. (2000). New social movements and the 'centri sociali' in Milan. *The Sociological Review*, *48*(2), 167–185. https://doi.org/10.1111/1467-954X.00209

Salazar, N. B. (2010). *Envisioning Eden: Mobilizing imaginaries in tourism and beyond*. Berghahn Books.

Santamarina, A. (2020). The Spatial Politics of Far-right Populism: VOX, Anti-fascism and Neighbourhood Solidarity in Madrid City. *Critical Sociology*, *47*(6), 891-905. https://doi.org/10.1177/0896920520962562

Sebrek, S. S., Garrido, B. P., & Michalkó, G. (2022). Why are unfavorable signs of overtourism ignored by urban politics? An attention-based explanation of no intervention. *Tourism Planning & Development*, 1-9. https://doi.org/10.1080/21568316.2022.2151503

Smith, N. (2012). *La nueva frontera urbana: Ciudad revanchista y gentrificación*. Traficantes de Sueños.

Smith, N. (2020). *Desarrollo desigual: Naturaleza, capital y la producción del espacio*. Traficantes de Sueños.

Soja, E. W. (2004). Por el interior de la exópolis: escenas del condado de Orange. En M. Sorkin (Ed.), *Variaciones sobre un parque temático: la nueva ciudad americana y el fin del espacio público* (pp. 115–145). Gustavo Gili.

Sorkin, M. (Ed.). (2004). *Variaciones sobre un parque temático: la nueva ciudad americana y el fin del espacio público*. Gustavo Gili.

Spósito, R. (2005). The irresistible (and necessary) temptation of the liberating projects. *The International Journal of Inclusive Democracy*, 1(2). http://www.inclusivedemocracy.org/journal/vol1/vol1_no2_sposito.htm

Stavrides, S. (2007). Espacialidades de emancipación y la 'ciudad de umbrales'. *Bajo el Volcán*, *7*(11), 117–124.

Stavrides, S. (2016). *Hacia la ciudad de umbrales*. Akal.

Steen, B., Katzeff, A., & Hoogenhuijze, L. (Eds.). (2014). *The city is ours: Squatting and autonomous movements in Europe from the 1970s to the present*. PM Press.

Townsend, A. M. (2013). *Smart cities: Big data, civic hackers, and the quest for a new utopia*. W. W. Norton & Company.

Tutor Anton, A. (2018). *Ensanchando el campo de lo posible. Los Centros Sociales como reformulación del espacio público.* Tesis doctoral. UAB.

Tutor Anton, A. (2020a). Abriendo la ciudad a partir de los umbrales: Una aproximación a la teoría de Stavrides. *Anuario de Espacios Urbanos, Historia, Cultura y Diseño*, *27*, 19–39.

Tutor Anton, A. (2020b). Barcelona okupa! Una posible historia de la okupación en Barcelona. *Inguruak*, *68*, 78-95.

Tutor Anton, A. (2021). Re(pensando) el derecho a la ciudad desde los centros sociales okupados. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, *25*(4), 147-182.

Vasudevan, A. (2015). The autonomous city: Towards a critical geography of occupation. *Progress in Human Geography*, *39*(3), 316–337. https://doi.org/10.1177/0309132513517976

Vázquez Montalbán, M. (1992). *Barcelonas*. Empúries.

Vergara Estévez, J. (2003). La utopía neoliberal y sus críticos. *Polis, Revista Latinoamericana*, *(6)*.

Wiig, A. (2015). IBM's smart city as techno-utopian policy mobility. *City: Analysis of Urban Trends, Culture, Theory, Policy, Action*, *19*(2–3), 258–273. https://doi.org/10.1080/13604813.2015.1016275

Yanes Ordiales, G. (2008). Morfogénesis e imaginarios: Aproximaciones teóricas al estudio de las transformaciones urbanas y arquitectónicas de un centro turístico. *Topofilia*, *1*(1).